

ROBERTO VILCHES ACUÑA

CHILENIDAD

*En este libro casi nada es propio:
con ajenos pensares pienso y vibro,
y así, por no ser mío, y por acopio
de tantas excelencias que en él copio,
este libro es quizá, mi mejor libro.*

(AMADO NERVO)

JACINTO PAVEZ RIVERA
Presidente
Centro Estudios Históricos "Lircay"



EDICIONES ENCINA LTDA.

1974

LAS CANTINERAS DEL EJERCITO

ENRIQUE BUNSTER *

DE acuerdo con una tradición fidedigna, el último cañonazo de Maipú lo disparó una mujer. Sabido es que hacia el final de la batalla invadieron el campo espontáneos combatientes civiles cuya acción consistió en capturar soldados realistas echándoles el lazo. Entre estos enardecidos paisanos se vio una huasita que allegaba fuego al estopín de un cañón abandonado, el que vomitó hacia las casas de Lo Espejo la postrera bala gruesa de la contienda.

Esta anónima heroína podría considerarse como la precursora de las admirables mozas que han dejado rastro en la historia militar de Chile. Se las conoce con el nombre de cantineras, aunque servían también como cocineras y lavanderas; pero su humanitaria solicitud para con los heridos ha hecho ver en ellas a las antecesoras de la Cruz Roja nacional; y queda por decir que algunas, acaso

* ENRIQUE BUNSTER (1912). Cronista, cuentista e historiador de grácil pluma, que no va en zaga de los mejores narradores nacionales, pues en sus escritos se conjugan la liviandad del estilo con la amenidad temática.

La obra de este escritor y viajero incansable, es además de variada, vastísima. Sólo mencionamos algunos de sus títulos: *Un velero sale del puerto* (1938, drama en tres actos); *Lord Cochrane* (1943); *La Isla de los Bucaneros* (1944, drama en 14 cuadros); *Bombardeo de Valparaíso y Corresponsal en la Antártida* (1948); *Mar del Sur* (miniaturas históricas, 1951); *Chilenos en California* (1954); *La Orana Tahiti* (notas de un viaje a Occania, 1956); *Para reír y rabiar* (cuentos humorísticos, 1958); *Aroma de Polinesia* (1959); *Chile, país excepcional* (escrito por encargo del Ministro de Relaciones, traducido al inglés, 1959); *Un ángel para Chile* (novela de sátira social y política, 1959); *Operación Vela* (Crónica del décimo viaje del Buque-Escuela *Esmacalda*, 1965); *Recuerdos y pájaros*, (1968); *Bala en boca*, (1974).

Numerosos son los premios con que ha sido distinguido este escritor, que es además colaborador fecundo de periódicos y revistas:

- 1945: Premio Teatro Experimental.
- 1946: Premio Municipal de Teatro.
- 1960: Premio Municipal de Cuento.
- 1966: Medalla de Oro del Premio *América Latina*, de Buenos Aires.
- 1972: Premio Ricardo A. Latcham.
- 1973: Medalla de Oro de la Municipalidad de Providencia.

las más, ganaron fama por su coraje en el manejo de las armas, combatiendo como varones en el infierno de las batallas.

Famosa entre todas, Candelaria Pérez, llamada con propiedad la Sargento Candelaria, salió del anonimato en esa guerra de leyenda con que el Ministro Portales destruyó desde ultratumba a la Confederación Perúboliviana.

Candelaria Pérez, nacida en el barrio de la Chimba (Recoleta), tenía por oficio el de empleada doméstica, y en tal calidad había emigrado al Perú en 1833, acompañando a una familia holandesa. Poscía un físico aparentemente frágil, de tez morena y rostro fino y agraciado. En su alcancía de gallina ponedora fue depositando las monedas que ahorraba de su salario; y a la vuelta de unos años tuvo reunido suficiente dinero para independizarse. Con lo dicho se retrató su carácter: era una mujer ordenada, perseverante y sanamente ambiciosa, capaz de abastecerse a sí misma en tierra extraña. Si todo nuestro pueblo estuviese hecho de gente así, distinta sería su suerte y no viviría culpando a otros de su atraso y miseria. Aprovechando su experiencia culinaria abrió en el Callao una cocinería que tuvo por nombre la *Fonda de la Chilena* y cuya especialidad fue el expendio de pescado frito. Situado en pleno barrio de marineros, el negocio prosperó con la clientela cosmopolita y bulliciosa procedente de la flota de veleros que cada día se renovaba ante los muelles. Por entonces era gobernador militar de la plaza su compatriota el general Ramón Herrera, y quién sabe si esta feliz circunstancia no le produciría la ingenua sensación de tener un protector en las alturas. . . Todo marchaba a pedir de boca, cuando cierta noche penetró en la bahía el comandante Angulo, cumpliendo órdenes de Portales, y de una redada se llevó tres de los buques de la escuadra Perúboliviana. Esta captura sin precedentes paralizó el proyecto de la Confederación de atacar a Chile, pero dejó a los chilenos residentes en el Perú a merced de las represalias oficiales y populares. No bien el Gobierno de Santiago declaró la guerra, las turbas de Lima y el Callao asaltaron los domicilios y comercios de estos inocentes; la *Fonda de la Chilena* fue saqueada y su dueña apresada por la policía y metida en los sótanos de la fortaleza del Real.

De un día para otro, Candelaria había perdido hasta el último centavo de sus haberes. Cuando salió en libertad tuvo que volver al servicio doméstico para ganarse el sustento.

Pero esta vez no sería por largo tiempo. Una mañana de asombro y tambores batientes entró en Lima el Ejército Restaurador del general Bulnes, que iba a liberar al Perú de la dominación boliviana después del cruento combate de Guías. Enloquecida de júbilo y de deseos de devolver el golpe recibido, Candelaria corrió en demanda del cuartel general de sus paisanos a ofrecer sus servicios. ¿Qué servicios? Los soldados se rieron de la pobre e hicieron chistes a costa de su condición de mujer. Porfió hasta hacerse escuchar de un oficial del Carampangue,

el capitán Guillermo Nieto, y de esta entrevista salió enrolada en calidad de cantinera y enfermera y con doce pesos mensuales, que era el sueldo de un sargento. A poco le dieron el grado y el uniforme correspondientes, y no tardaría en demostrar que era capaz de llevarlos con honor.

Se halló presente en el combate del Pan de Azúcar de Yungay, esa acción que ningún general europeo se hubiera atrevido a emprender y que hizo decir al mariscal peruano Gamarra: "El soldado chileno es el más valiente del mundo". Aunque su misión consistía en cuidar de los heridos, Candelaria dejóse contagiar del furor de la lucha y cogiendos los fusiles de los muertos, peleó confundida con los que trepaban la ladera casi vertical del cerro clavando las bayonetas para afirmarse, avanzando metro a metro bajo la lluvia de balas y peñascos arrojados desde la cima y rodando al precipicio como moscas. Cayó y expiró en sus brazos el capitán Nieto, su presunto amante. Sin detenerse a cerrarle los ojos, continuó subiendo; de paso dio muerte a un soldado boliviano que le apuntaba insultándola, y llegó a la cumbre cuando el Carampangue acababa de izar la bandera vencedora.

La antigua sirvienta de mano jamás pudo imaginar la celebridad que había conquistado en ese combate de exterminio. Vino a darse cuenta de ello el día en que tropas de Bulnes desfilaron por la Alameda en la colosal apoteosis del regreso. Un gritorio delirante de la muchedumbre se elevaba en la avenida embanderada al paso de la pequeña mujer uniformada que marchaba sin saber si reír o llorar.

Desde entonces y para siempre la llamaron la Sargento Candelaria. Diez años después, exactamente el 25 de febrero de 1849, se estrenaba en Santiago *La batalla de Yungay*, un drama histórico en cuyo reparto figuraba la valerosa fusilera del Pan de Azúcar. Ella misma asistía a la representación desde un asiento de galería. Reconocida en un entreacto, obligáronla a pasar al escenario para ser ovacionada por la concurrencia puesta de pie.

Se sabe que murió inválida y olvidada, pero la posteridad la recuerda y una calle de la comuna de Ñuñoa lleva el nombre ilustre de *Sargento Candelaria*.

Su mérito póstumo consiste en haber instituido una tradición que no sabemos si subsistirá en el futuro, pero que fue confirmada con brillo en la guerra del 79. El Museo Histórico Nacional conserva los retratos de la buenamoza Irene Morales, cuya vida vamos a contar, y de su congénere Filomena Valenzuela, del regimiento Atacama, que adornaba con un penacho de plumas su quepis de cantinera de armas tomar. Otras dos "amazonas", como las llamara Vicuña Mackenna, las costureras santiaguinas Leonor González y Juan N., perecieron atacadas a mansalva mientras curaban heridos de la Segunda Línea en el caserío de Tibilaca, a raíz del combate de la quebrada de Tarapacá. En ese terrible encuentro se batió revólver en mano Dolores Rodríguez, natural de Caleu, que aunque seguía a los

Zapadores sin empleo militar ni ocupación confesable, se condujo como un soldado y recibió un balazo en una pierna.

En esa guerra titánica de uno contra dos, las cantineras habían asumido el papel oficial de enfermeras en cumplimiento de los principios de la Convención de Ginebra, que el Gobierno de La Moneda suscribiera hacía poco. Mientras no existiese la Cruz Roja chilena —que se originaría en Punta Arenas en 1903— las émulas de Candelaria Pérez debían encargarse de auxiliar a los heridos “sin hacer distingo entre paisanos y enemigos...” Por supuesto, carecían de la más elemental preparación, porque la contienda sorprendió al Ejército sin organización sanitaria y el insigne cirujano Wenceslao Díaz tuvo que improvisarlo todo sobre la marcha, trabajando con sus colegas en pavorosos hospitales de sangre desprovistos de antisepsia y donde el ochenta por ciento de las operaciones desembocaba en la muerte.

Recordando a la inmortal cantinera y enfermera Irene Morales, el coronel Enrique Phillips escribió en *“El Mercurio”*: “No sólo peleó en medio de los soldados, sino que también confortaba a los moribundos y daba de comer al hambriento y de beber al sediento. Su nombre debe vibrar entre nosotros como un ejemplar de patriotismo y de valor no superado entre las mujeres”.

Esta joven de rasgos finos y raro aplomo, “de espesa y áspera cabellera” (Vicuña Mackenna), era hija de un carpintero y había nacido ultra Mapocho, en la Chimba que acunó a la Candelaria y al valiente Dardignac. La vida no le escatimó las pruebas más duras, como a todo ser escogido para sobresalir.

A los trece años perdió a su padre, y la madre desamparada se fue con ella a Valparaíso, donde le enseñó el oficio de la costura. Allí tuvo Irene su primer amor, el que no pudo ser más feliz y doloroso, pues casi en artículo de muerte y quedó viuda el mismo día nupcial. Poco después moría su madre. Ya sin consejo ni amparo de nadie, decidió irse a Antofagasta, como pudo haberse ido a cualquiera otra parte, y para pagar el pasaje de tercera clase vendió su máquina de coser. En el puerto de destino conoció a su segundo marido, el músico chileno Santiago Pizarro, que servía en la banda de un regimiento boliviano. No cumplían dos años de casados, cuando el cabo Pizarro asesinó a un soldado en una rifa de taberna. Fue condenado a muerte y fusilado de noche, en las afueras de la ciudad, a la luz de un farol. La viuda encontró el cadáver abandonado junto a la vía férrea y lo hizo fotografiar antes de darle sepultura para conservar la imagen de la atrocidad que juró vengar de alguna manera.

La ocasión llegó pronto y por donde menos pudo imaginarlo. Una mañana apareció en la bahía la escuadra chilena con sus fuerzas de desembarco, justo cuando las autoridades bolivianas se disponían a sacar a remate las pertenencias salitreras de sus connacionales.

Era la chispa que encendería la guerra, y curiosamente, tocó a Irene Morales ser la primera en romper hostilidades. Después de atengar a los compatriotas reunidos en la plaza (constituían el ochenta y cinco por ciento de la población) y de repartir abrazos en las filas, corrió a la Prefectura, arrancó el emblema oficial y lo pateó en el suelo. Ese mismo día el capitán Camus la admitió como cantinera en su compañía del Tercero de Línea.

Más tarde contó a Vicuña Mackenna que había salido con la expedición a Pisagua "disfrazada de soldado"; pero en el retrato publicado por *El Nuevo Ferrocarril* se aprecia con qué propiedad llevaba el uniforme de botas de caña corta, guerrera de sargento y quepis ladeado a la izquierda, un pañuelo de seda pende del cuello y cae sobre el pecho con descuido. Tenía entonces treinta y cuatro años, y tanto en esta litografía como en el retrato del Museo, vemos a una mujer en el apogeo de su popular hermosura.

El dramático desembarco de cinco mil hombres en Pisagua, bajo el horrísono cañoneo de la escuadra, no debe de haberla intimidado, porque en la siguiente batalla de Dolores empuñó el fusil y entró en el fuego, como si no supiera hacer sino eso. En un grabado contemporáneo se ve a su batallón trepando por la falda del cerro San Francisco envuelto en el humo de las descargas cerradas. Dispersado el enemigo, que dejó sus bajas en el campo, la cantinera-enfermera no tuvo descanso en el hospital atestado de heridos de tres naciones, recogidos en parihuelas para ser auxiliados con pareja caridad. De esos bolivianos exánimes a los que ella ayudaba a revivir, ¿cuántos no habrían sido blanco de sus propios certeros disparos? De ser así, cumplió el juramento de venganza y luego lavó el odio de su alma prodigándose en el ejercicio de la solidaridad humana.

Al abrirse la segunda campaña de la guerra destináronla a la Cuarta División como lavandera del coronel Barbosa. Cumplía este menester en el campamento de Tacna, a corta distancia de las líneas peruanas, cuando al pasar de la lavandería a la tienda de su jefe, se extravió en medio de la camanchaca nocturna. Fue a dar al vivac del regimiento de Carabineros de Yungay, y allí la sorprendió la iniciación de la batalla de veintidós mil hombres, librada en un arenal y donde Campero, Presidente de Bolivia, mandaba los ejércitos aliados. Matanza de ocho horas, sostenida sin agua bajo un sol de fuego y donde el coronel Lagos convirtió la inminente derrota en victoria y apabulló en tal forma a Campero y sus tropas que le hizo volverse a La Paz.

Como Candelaria Pérez, Irene Morales salió ilesa de la ruleta de la muerte; como ella terminó su vida en la obscuridad de donde había salido, y tomóse el mismo desquite *post mortem*, dando su nombre a la más corta calle de su ciudad natal.